

**UNA MIRADA HACIA EL MERCADO DE TRABAJO FEMENINO EN UN
CONTEXTO URBANO**

NIDIA S. TADEO

Departamento de Geografía
Facultad de Humanidades y Cs. de la
de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Ponencia presentada al Encuentro de la “LATIN AMERICAN STUDIES ASSOCIATION”

Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, Abril 17-19, 1997

Aceptada para su publicación en el libro “MUJER, TRABAJO Y POBREZA: EL IMPACTO DEL
AJUSTE ECONOMICO EN EL EMPLEO FEMENINO”. Editor: CEA/CBC DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES.

INTRODUCCION

América Latina vive una situación de crisis global en la que también está inmersa la Argentina. Las ciudades de la región están afectadas por procesos de reconversión económica, acompañados de políticas de ajustes estructurales que se manifiestan en conflictos y tensiones socioespaciales.

En los últimos años se han incrementado los estudios sobre el impacto de las transformaciones económicas en la población que reside en las áreas urbanas. La región metropolitana de Buenos Aires es el centro de atención de especialistas de diversas disciplinas; los problemas que la aquejan son de extrema complejidad.

Raramente se desciende a la escala local; los estudios sobre los municipios son escasos, aun para aquellos pequeños territorios afectados por una crisis desde largo tiempo. Entendemos que los municipios deben tener cierta prioridad en la actualidad, ya que si el avance de la descentralización lleva implícita la promoción de una reactivación capaz de fomentar las economías regionales, el municipio representaría un trampolín desde el que tienen que surgir las estrategias de cambio (Herzer, 1988).

En general los pequeños territorios urbanos adolecen de una base de información adecuada, la existente es fragmentaria y desactualizada. Es la que disponen los administradores para programar las acciones públicas, carecen de la articulación necesaria y los actores involucrados figuran en la escena como meros espectadores y no como activos participantes. Dirigir la atención a los estudios locales no significa ignorar el entorno macrosocial del que forman parte. Es necesario evitar el análisis micro efectuando un recorte artificial de la realidad sin tener en cuenta la acción conjunta de fuerzas de carácter dinámico que actúan a nivel global y se proyectan a distintas escalas espaciales.

El municipio de Berisso forma parte del Gran La Plata (región metropolitana de Buenos Aires); es un área de valorización temprana, escenario de una larga tradición industrial, donde las transformaciones productivas se manifestaron en la industrialización y la expansión de la urbanización.

En las primeras décadas del siglo actual la presencia de dos plantas procesadoras de carne en Berisso, aprovechando las ventajas locacionales del puerto "La Plata" y respondiendo al modelo de acumulación vigente, generaron hasta 10.000 puestos de trabajo en los picos productivos, de los cuales el 40% eran empleos femeninos (Lobato, 1993).

La participación de la mujer en el mercado laboral se acentuó con la instalación de la hilandería "The Patent Knitting Co." en 1925, que ocupó el 83% de personal femenino.

La temprana inserción de la mujer al mercado de trabajo resulta llamativo, como una transgresión a los roles que socialmente se le atribuían, pero legitima su participación en el ámbito público, en este caso como una necesidad de apuntalar los ingresos familiares.

Con el cierre de los frigoríficos y de las industrias conexas a fines de los años '60 uno y a mediados de los '70 el otro, Berisso se sumerge en un deterioro económico-social-ambiental que se fue profundizando, no obstante la implantación de nuevas tecnologías, a través de la acción oficial y la promoción de nuevas actividades (Polo Informático y Polígono Industrial), como parte de un proceso de cambios económicos; las expectativas que despertaron en la población local se desvanecieron rápidamente al no dinamizar el mercado de trabajo. Ese proceso acompaña a la reestructuración económica nacional que se fue dando desde mediados de la década de 1970, marcada por la recesión y el bloqueo social. Hombres y mujeres debieron modificar aspectos de su vida cotidiana como una necesidad de adaptarse a un medio regido por el sistema capitalista, obligándolos a implementar permanentemente estrategias de supervivencia. Los cambios en la cotidianidad de mujeres y hombres, donde también aparecen restricciones espacio-temporales y de movilidad espacial, producen conflictos y tensiones abriendo la posibilidad de un replanteo en las relaciones sociales de género.

La crisis económica y los efectos de las políticas de ajuste estructural sobre el empleo y los ingresos aparecen como elementos decisivos para aumentar la participación de las mujeres berissenses de determinados sectores en el mercado de trabajo. Asistimos a un fenómeno social en crecimiento: una mayor presencia laboral de las mujeres de los estratos medios y bajos, cuyos salarios ya no tienen el carácter de complementarios, como en los años de auge de los frigoríficos, porque con frecuencia, son el único aporte económico para el sostenimiento del grupo familiar. Estas características no sólo se manifiestan en las mujeres que son jefas de hogar, sino también para aquéllas cuyo marido revista en la categoría "desocupado".

Las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres nos conduce a centrar la atención en las mujeres de determinados segmentos de la población, que forman parte de los sectores medios empobrecidos y de bajos recursos. Al examinar las ocupaciones remuneradas de estas mujeres e identificar los obstáculos que encuentran para obtener mejores empleos, así como las sobrecargas derivadas del desempeño combinado de tareas remuneradas y domésticas procuramos hablar no sólo de las trabajadoras, sino también de las relaciones en las que están incluídas, principalmente en el hogar.

Nuestro propósito no consiste en presentar un análisis como si las mujeres constituyeran una especificidad apartada de un universo, generalmente pensado en masculino. Si bien es importante

hacer visibles las mujeres trabajadoras, también es interesante destacar las relaciones sociales de las que forman parte, relaciones que son de género, clase, etnia y generacionales.

Los objetivos de esta ponencia no sólo persiguen dar a conocer la problemática de las mujeres de los sectores mencionados, sino develar el papel que les cabe como “variable de ajuste,” en un territorio urbano dominado por la cronicidad de una crisis, admitiendo la necesidad de ahondar en las investigaciones que aporten elementos de diagnóstico para la elaboración de políticas de empleo.

ASPECTOS METODOLOGICOS

La primera etapa, de carácter cuantitativo, consistió en relevar información a escala local de los Censos Nacionales Económicos de 1974 y 1985 (del último de estos relevamientos efectuado en 1993 no se disponían datos por municipio en el momento de llevar a cabo el presente estudio) y de los Censos Nacionales de Población de 1980 y 1991, con el propósito de obtener algunos resultados sobre las variaciones del empleo, complementados con datos brindados por las Cámaras, sindicatos, empresas e informantes clave. Esta etapa reflejó una aproximación a la progresiva desvalorización de la fuerza de trabajo femenina y la marginación a la que está expuesta la mujer por su pertenencia genérica. Además, suministró elementos para conducir un estudio cualitativo, mediante la entrevista en profundidad; técnica que, si bien carece de representatividad estadística, se adecua a los objetivos de este estudio. Las informantes fueron mujeres de 20 a 60 años, casadas o separadas, que viven en hogares nucleares integrantes del sector medio empobrecido y del estrato de escasos ingresos; en éste incluimos a las mujeres de los asentamientos populares urbanos. También entrevistamos a 10 hombres con el objeto de captar elementos complementarios sobre la distribución de roles en el hogar y su posible negociación cuando ellos están en situación de desempleo.

ELEMENTOS DEL MARCO TEORICO

El enfoque teórico de este trabajo parte de las desigualdades socioespaciales, en este caso de las correspondientes a las relaciones sociales de género y de la desigual distribución de poder entre hombres y mujeres.

Desde la Geografía es necesario ir superando una carencia consistente en separar lo “económico” de lo “social”. Esta división supone que en la sociedad existe una escisión “material” entre la producción de bienes para el mercado (ámbito productivo) y la distribución y el consumo (ámbito reproductivo). Esta división aun desde el espacio físico ha favorecido la subvaloración del trabajo

femenino realizado en el hogar, que es fundamental en la reproducción de la fuerza de trabajo y sustenta la posición desjerarquizada de la mujer en el mercado laboral.

El concepto de “trabajo” ha sido cuestionado a través del tiempo. Habitualmente, alude a las tareas remuneradas cuyo producto se incorpora al circuito mercantil; se hace en el ámbito público desde posiciones reconocidas. La remuneración es la legitimación social de la actividad. Está abierto el debate que atrae la atención sobre la importancia del trabajo doméstico en la producción capitalista, puesto que asegura el mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo y su reproducción intergeneracional. Además, las tareas reproductivas actúan en tiempos de crisis como un mecanismo alternativo para evitar un fuerte descenso del nivel de vida en los sectores de bajos ingresos. El trabajo reproductivo está relacionado con factores históricos-culturales, que condicionan la división sexual del trabajo y determinan la responsabilidad de la mujer en el ámbito doméstico.

Corrientemente los términos “trabajo” y “empleo” se utilizan como sinónimos. Entenderemos por “trabajo” el desarrollo de actividades o tareas que conllevan una transformación directa o indirecta de la naturaleza, y que también implican un gasto de energía. En este concepto pretendemos aprehender el trabajo remunerado, el trabajo doméstico y las actividades asociadas a éste, que realizan las mujeres, y que carecen de reconocimiento social. Un análisis basado en este concepto difiere de los tradicionales y cuestiona las clásicas definiciones de “fuerza de trabajo” y “división sexual del trabajo”.

En numerosos estudios (Jelín, 1978; Kritiz, 1984; Feijóo, 1991; Kaztman, 1991, entre otros) se demuestra que las mujeres latinoamericanas van incrementando la cantidad de horas de trabajo en un marco de segregación ocupacional, que además representa un alto costo que pagan las mujeres de determinados sectores sociales. El patrón de desarrollo predominante se funda en una estructura productiva heterogénea, muy segmentada, donde la oferta de empleos es insuficiente para absorber la demanda, dando lugar a un sector informal urbano que no es uniforme, por el contrario, su característica más destacada es la heterogeneidad, sobre todo en los trabajos femeninos. La segmentación de los mercados laborales y la participación económica femenina comparten el medio urbano; en él la pobreza y la marginalidad no están ausentes.

Residir en los asentamientos populares urbanos lleva implícita la noción de marginalidad. Este concepto largamente trabajado por los científicos sociales, no es fácil de definir sintéticamente ya que se origina en una encrucijada temporal, espacial e interdisciplinaria. La categorización valorativa que se da al fenómeno observado es lo que permitirá interpretarlo como componente o no de la realidad marginal. La marginalidad traspasada por varios vectores es el resultado de múltiples

procesos que impactan en el espacio, en un punto y en un momento. De las estructuras espaciales y de la coyuntura temporal dependerá su magnitud y como tal debe ser entendida.

Los sectores más desposeídos del espacio urbano están comprendidos en este concepto, pero además implica una situación especial en el contexto global de desposesión al englobar a las personas que el sistema no es capaz de absorber, respondiendo a una doble condición: espacial y socioeconómica.

Un fenómeno ínsito en la marginalidad es el de la “pobreza”. Esta es concebida como un fenómeno estructural y persistente- de particular notoriedad en las grandes ciudades de América Latina- que corresponde al proceso sistemático de marginalización de amplias capas de la población. Se sitúan en niveles críticos, por debajo de la satisfacción de un conjunto de necesidades básicas, que induce al desarrollo de variadas estrategias de sobrevivencia, dando lugar a una organización socioinformal de reciente estructuración (Gross et al., 1987).

La recesión económica, con las restricciones del empleo causaron un impacto negativo en los hogares con jefes varones asalariados o cuentapropistas, ya que el hombre pierde el rol de principal proveedor de recursos al hogar y la mujer, cónyugue, asume un protagonismo fundamental al aumentar su participación en el mercado laboral. Los ingresos medios caen, a la vez que se concentra la riqueza y se acrecienta la pobreza. El subconjunto de población que está inmerso en esta situación, conocido como los “nuevos pobres” no es fácil de identificar, a diferencia de los pobres estructurales. Representa la “ambigua clase media que hoy vemos decaer, arrastrando con ella parte del sueño argentino que le dio vida y que retroalimentó con su propia existencia”(Feijóo, 1992:232).

OFERTA Y DEMANDA DE LA MANO DE OBRA EN EL CONTEXTO SOCIOECONOMICO

¿Más o menos trabajo femenino para el mercado?

El aumento de la participación económica de la mujer en períodos de crisis es para algunos autores un fenómeno evidente. Esta afirmación está fundamentada en la necesidad de aportar ingresos a la familia para satisfacer las necesidades básicas; no obstante, también se ha demostrado que ante situaciones adversas las mujeres quedan excluidas del mercado laboral.

Si bien la información estadística disponible no permite efectuar un análisis exhaustivo de los cambios que fue provocando el proceso de reconversión del aparato productivo en el empleo, es posible observar que entre 1974 y 1985 Berisso perdió el 74% de los puestos de trabajo.

Comparando con los otros integrantes del Gran La Plata, Ensenada señala una pérdida de 16% y La Plata de 20%. El rubro alimentación acusa la mayor retracción, la rama textil mantiene su importancia, pero con un cambio de modalidad en los procesos de trabajo; se incrementa la actividad a domicilio, procedimiento que conlleva la precarización del empleo.

El nivel de empleo femenino cayó 70% . La expulsión de mano de obra masculina también fue significativa al reducirse en 55 %. Los hombres habrían encontrado fuertes restricciones para reinsertarse en el mercado local, un número importante pasó a formar parte del grupo de desempleados. Podríamos hipotetizar sobre la existencia de trabajadores desocupados haciendo referencia a un probable trabajo masculino fuera del mercado, situación que también es reconocida para las mujeres.

La pérdida de empleos femeninos que acompañó al cierre de las plantas frigoríficas produjo un fuerte impacto en el medio local, por la carencia de oportunidades laborales en la industria para las mujeres. Con un bajo nivel de instrucción muchas de éstas sólo llegaron a insertarse en los sectores menos calificados de la administración pública, y en el servicio doméstico, sobre todo para satisfacer una demanda creciente en la ciudad de La Plata. Otras mujeres, que recibieron una suma de dinero por un régimen de retiro voluntario implantado en la última fase del frigorífico Swift, instalaron un comercio en la localidad, situación que les permitía apuntalar los ingresos familiares.

La industria textil no ocupó a las mujeres despedidas de los frigoríficos, que representaban una franja carente de calificación (Lobato, op.cit.), pero sí a las hijas que se declaraban modistas, pantaloneras o costureras.

La desalarización y la falta de empleos masculinos indujo a las mujeres a mantenerse en el mercado de trabajo, a diferencia de lo ocurrido en décadas pasadas en que el ingreso a las plantas procesadoras de carne y a la hilandería se caracterizaba por registrar varias entradas y otras tantas salidas de acuerdo con la disponibilidad de recursos en el hogar.

El proceso de feminización laboral se fue intensificando al promediar la década de los '80 con una mayor incorporación de mujeres carentes de calificación en el mercado laboral.

¿Qué mujeres consiguieron trabajo y dónde se incorporaron?

La tasa de actividad de las mujeres berissenses de 14 y más años pasó de 13% en 1980 a 20% en 1991. Este incremento no fue homogéneo para todas las edades. El grupo de 14-19 años no presenta modificaciones.

La tasa de actividad más alta es registrada por las mujeres de 30 a 39 años, que alcanza 28% (10% más que en 1980) y el grupo de 40-45 años, con una variación porcentual similar a la anterior. Además, es notable el aumento que se observa en las mujeres mayores de 55 años, como una vuelta a la actividad económica, por la caída de los ingresos en las jubilaciones y pensiones. Esta propensión modifica sustancialmente los perfiles de actividad económica femenina, ya que la tendencia prevaleciente en las primeras décadas del siglo actual parece destacar una mayor participación entre los 18 y 24 años (Lobato, op. cit).

Al correlacionar los datos que anteceden con el estado civil se concluye que las mujeres cónyuges fueron las que más aumentaron la participación, además de las “jefas de hogar”, con escasa concurrencia previa al mercado laboral. Asimismo, de la relación actividad-nivel de instrucción surge el incremento de mujeres con poca concurrencia a la escuela o con estudios primarios completos.

No todas las mujeres que consiguieron una ocupación lograron trabajar la cantidad de horas que necesitaban y tampoco alcanzaron niveles de protección dignos. Se acrecentó el trabajo “en negro” y con salarios menores a los obtenidos con un trabajo registrado. Entre 1980 y 1991 se intensificó la cantidad de empleos femeninos que carecía de beneficios sociales (de 10% en 1980 a 35% en 1991). En cambio, en el empleo masculino la precarización pasó de 8% en 1980 a 18% en 1991, según las cifras de los Censos Nacionales de Población.

En el período 1980-1991 el sector informal absorbió una importante proporción de empleos femeninos en el servicio doméstico: de 5% en 1980 a 10% en 1991. Inferimos, sin embargo, una subenumeración en esta categoría, dado que frecuentemente las mujeres fueron enumeradas como “asalariadas” por los relevamientos censales.

Los datos existentes son insuficientes para conocer qué ocurrió en el interior de los sectores de actividad. Las entrevistas efectuadas a distintos niveles demostraron que, en los últimos años, las mujeres se concentraron en las ocupaciones consideradas “femeninas”: educación, salud y en el sector terciario menos productivo y en el comercio. Asistiríamos así a una segmentación genérica del mercado laboral.

Los cambios operados en la economía nacional a partir del Plan de Convertibilidad no mejoraron la situación del empleo en el ámbito local. La disminución de la inflación y la recuperación de algunos niveles de actividad a escala nacional no consiguieron desacelerar la desocupación y la subocupación en Berisso, aunque no hay estadísticas para acompañar esta afirmación. Los datos recogidos en el lugar muestran que el personal masculino despedido por las empresas privatizadas del Polo Petroquímico de Ensenada representó un exceso de mano de obra que no pudo reincorporarse a

un mercado de trabajo en progresivo deterioro, a pesar de algunas innovaciones productivas. como ya se mencionó.

Esta situación se complementa con la irrupción de una mayor cantidad de mujeres cónyuges que buscan una inserción laboral y, aunque sin el respaldo que suele acreditarse a la información estadística, estimamos un aumento en el segmento de “subsistencia” del mercado. En él se destaca una elevada rotación de la mano de obra femenina, que pasa en breves períodos del subempleo al desempleo, en relación con los sucesivos ajustes de la economía nacional.

TRABAJO Y COTIDIANIDAD

La situación de crisis económica por la que atraviesa Berisso se hace sentir en lo social, lo grupal, lo familiar, lo personal, o sea tanto en el ámbito público como en el doméstico.

En las páginas que siguen intentamos hacer visible a las mujeres de determinados sectores de la población en el marco de las restricciones que afectan sus condiciones de vida.

Actualmente, las mujeres de **bajos recursos** realizan una tarea u ejercen un oficio ligado a la producción de bienes en microempresas familiares; como modistas en su domicilio; o trabajos para terceros bajo subcontratación, o como operarias de talleres de la rama confección. Algunas tratan de complementar los ingresos con la venta de ropa usada y el cuidado de niños. Las fluctuaciones y la inestabilidad que caracteriza al rubro vestimenta (apertura del mercado y retracción del consumo de amplias capas de la población) induce a estas mujeres a flexibilizar su actividad desplegando nuevas estrategias.

Otras mujeres del mismo sector atienden un pequeño comercio (kiosco, verdulería, almacén) instalado en una habitación de la vivienda. Mantienen una ocupación en la casa como una necesidad de armonizar con el trabajo reproductivo. En estos casos no hay limitaciones de horario para atender a la clientela, sólo cierran el negocio por la noche. Los hombres de la familia, en general el marido se ocupa del abastecimiento de mercadería; la instalación de un comercio fue una decisión familiar, como un medio de obtener recursos luego que el marido e hijos perdieron el empleo formal en los últimos años.

En los hogares de los **sectores populares** las manifestaciones de la desindustrialización agravan los niveles de fuerte restricción que tiene la mujer como mano de obra, situación que está determinada por el tamaño de la familia y la edad de los hijos. Sin embargo, sería necesario explorar las situaciones reales que se producen en el interior de cada grupo familiar. La mayoría de estas mujeres son migrantes internas o de países limítrofes nacidas en hogares pobres. Otras, provienen de hogares

de sectores medios, que han descendido socialmente y su nivel de vida actual es más bajo que el que tuvieron en el hogar paterno. Unas entrevistadas de edad superior a 40 años están ocupadas en establecimientos de salud y de educación donde realizan tareas de limpieza. Declaran la importancia de tener un trabajo que les da acceso a los servicios sociales y a la jubilación, si bien el cumplimiento de un horario rígido les ocasionó problemas mientras los hijos fueron pequeños.

Durante varios años el servicio doméstico representó una actividad “refugio” para las mujeres de los sectores populares urbanos, pero hoy ese nicho de trabajo tiende a declinar. Es un trabajo que se caracteriza por la precariedad de la contratación, la falta de protección laboral (descuentos y aportes previsionales, carencia de seguridad social), además de ser mal pago. Tiene sus ventajas: flexibilidad de la jornada e inmediatez del pago cuando el trabajo se realiza “por horas”.

El incremento de la oferta y la retracción de la demanda han deprimido el valor de la hora de trabajo en las casas de familia. En la ciudad de Berisso el precio de la hora de trabajo ha descendido de \$7 a \$3 y \$2,50; asimismo varias empresas industriales que ocupan mujeres jóvenes para tareas de limpieza están pagando \$150 mensuales, por 5 horas diarias de trabajo, de lunes a sábado. Estas informantes reconocen que reciben un magro salario “en negro” al que no pueden renunciar porque es imprescindible para la subsistencia familiar.

Algunas informantes jóvenes manifiestan su disconformidad por el trabajo que desempeñan, no sólo por el salario que obtienen sino porque no es gratificante a nivel personal. El deseo de capacitarse, de efectuar estudios está presente, pero sólo como una aspiración de deseos por la dura realidad en la que están inmersas. Además, concuerdan en que una mayor educación, en las condiciones actuales de vida, no siempre asegura ventajas para el ingreso a un mercado laboral en franco deterioro, signado por la informalidad. A ello se agrega, dicen ellas, el ámbito de la villa que habitan, que conlleva la marca de la marginalidad en su vida laboral.

Entre las mujeres de sectores **medios empobrecidos**, en los últimos años, el acceso a la educación y una cierta dependencia relativa fue favorable para una incorporación temprana al mercado de trabajo. Interrumpieron su actividad con el casamiento y la crianza de los hijos, pero ante las dificultades familiares tuvieron que reinsertarse. Actualmente, la facultad de opción no puede expresarse, pero al recorrer su pasado laboral algunas informantes reconocen que, cuando la situación económica era favorable podían seleccionar los empleos más convenientes, con acceso a los beneficios sociales. No obstante, expresan que su experiencia laboral les facilita la búsqueda de empleo y “salir a flote”, readecuándose a la nueva realidad. Ponen en práctica su capacidad para evaluar los costos y las ventajas comparativas de cada trabajo con el propósito de optimizar sus ingresos. Estas mujeres están permanentemente atentas ante la oferta de eventuales trabajos

remunerados, al margen del que están desarrollando. ¿Esta actitud de lucha continua no estaría cuestionando la “pasividad” tradicional, término largamente utilizado por algunas ideologías para calificar la condición femenina?..

Al interrogar a nuestras entrevistadas acerca de las razones por las cuales se desempeñan en el mercado informal obtuvimos las siguientes respuestas:

- Ayudar a los ingresos familiares.....45%
- No hay otro trabajo..... 40%
- Para combinar las tareas remuneradas con las domésticas.....10%
- No es trabajo calificado..... 5%

Hoy la formación técnica no está en juego porque los empleos que se ofrecen son de baja calificación. Existe una competencia en razón a la edad y al estado civil de las mujeres. Las casadas y con hijos están en inferioridad de condiciones respecto a las solteras. El empleador selecciona , y ante la presunta sospecha de un incumplimiento laboral por parte de la mujer casada prefiere a la soltera. Aquí se combina un factor externo (escasa oferta de empleo y una selección discriminatoria por razones de edad y estado civil) y un factor interno (necesidad de combinar la ocupación remunerada con el trabajo doméstico).

La percepción de un salario por parte de las informantes ocupadas en la actividad sumergida es un tema difícil de abordar. Se manifiestan con reticencia; declarar un trabajo que forma parte del mercado informal presenta riesgos que las mujeres conocen, pero para algunas hablar de dinero es algo que no concierne directamente a las mujeres, por una cuestión cultural. El tema de la obtención de ingresos está poco estudiado en América Latina y sería interesante determinar la relación ingresos- toma de decisiones- parcelas de poder en el seno de la familia.

En síntesis, un fenómeno llamativo de todo el proceso de crisis es el desplazamiento descendente de la fuerza de trabajo de determinados sectores hacia los empleos menos calificados y en el sector informal de la economía, con las limitaciones y carencias que esto conlleva. Las mujeres salen a trabajar fuera de la casa para reemplazar a sus compañeros. En general, los trabajos que consiguen no les ofrecen estabilidad, están “en negro”, se hacen en condiciones laborales que han empeorado; los nuevos empleos se enmarcan en leyes que protegen cada menos a las trabajadoras.

Una sobreactividad: el trabajo doméstico

Las dificultades económicas incrementan el volumen diario de trabajo de las mujeres entrevistadas porque ellas son las protagonistas principales de aquellas estrategias que contribuyen a la supervivencia de la familia. Cuanto más bajos son los ingresos y como consecuencia del recorte social más se acrecientan las tareas domésticas, como una forma de “estirar los recursos”. Estas tareas suelen complementarse con ciertas actividades productivas (pequeños trabajos de costura, elaboración de algunas comidas) que las mujeres no califican como trabajo en el sentido socialmente reconocido.

Esas mujeres gastan más tiempo y energía para elaborar los productos que compraban en momentos mejores. Varias entrevistadas declaran que recorren los comercios de la ciudad en busca de los precios más accesibles. Las que habitan la periferia efectúan largos desplazamientos a pie, acompañadas de algún familiar, para aprovisionarse en los supermercados del centro. Todo aquello que signifique gastar menos para la eficiente administración de un presupuesto familiar exiguo es de fundamental importancia.

La mayor carga de la mujer también responde a los ajustes progresivos de las políticas oficiales; las prestaciones del Estado al grupo familiar eran un salario indirecto, un complemento del salario de los trabajadores y un sistema público de mantenimiento de la fuerza de trabajo. La pérdida de la seguridad social aumenta la concurrencia al hospital, porque los costos son mínimos, pero donde la cantidad de pacientes da lugar a prolongadas esperas, y en general, es la mujer la que acompaña a los miembros de la familia.

La distribución de los equipamientos colectivos (centros de salud y servicios educativos) no satisfacen las necesidades de la población y particularmente los requerimientos de las mujeres.

Asímismo, el servicio de transporte que conecta Berisso con La Plata y Ensenada une distancias que son considerables, presentando deficiencias en relación a las frecuencias. El tiempo de las mujeres se ve condicionado para cumplir con las obligaciones. La red de unidades aumenta la frecuencia en las horas de punta, pero en la periferia de la ciudad los servicios son espaciados. Las mujeres de bajos recursos señalan restricciones de este orden, agravadas por el costo del pasaje, situación que acentúa el confinamiento en el entorno doméstico. ¿Será esta una forma de propiciar la socialización del trabajo doméstico como una condición del rol social de la mujer?..

Crisis y recesión generan fuertes desajustes en la reproducción. Una de sus manifestaciones más importantes se da en la alimentación de los niños que tienen la necesidad de recurrir a los comedores escolares, de iglesias, etc. Y en esta práctica de consumo, que suele complementarse con la distribución de ropa y alimentos también tienen una activa participación las mujeres.

Conflictos y tensiones en el grupo familiar

A partir del conjunto de actividades que despliegan las mujeres en la lucha por la supervivencia surge un nuevo cuestionamiento a la separación de lo productivo y lo reproductivo porque resulta muy difícil determinar cuál es el ámbito de acción de la mujer. La identificación de la vivienda, del vecindario, del barrio como entorno de la vida doméstica tiende hoy a desaparecer ante las nuevas condiciones de vida. Asimismo, los hombres principales proveedores del hogar que han perdido el empleo formal suelen utilizar la vivienda para realizar algún trabajo, en calidad de autoempleados, cambian sus obligaciones tradicionales, modifican sus horarios, tienen una presencia más continua y prolongada en ella y su entorno espacial.

En este proceso de cambio mujeres y hombres llegan a alternar las actividades y los espacios que, por tradición, son adjudicados a aquéllas. Sin embargo, las modificaciones en lo doméstico no se manifiestan armónicamente, sin fracturas en la vida cotidiana.

El desempleo del hombre, jefe de familia, acarrea conflictos y tensiones de diferente intensidad. En algunos casos el hombre se siente desvalorizado, por un lado siente una frustración por su situación laboral y, por otro lado, al reconocer que su mujer es la única que aporta un salario y administra el presupuesto familiar percibe una autonomía de la mujer, que con frecuencia, no es tan real.

En cuanto a la división sexual del trabajo en el hogar, de las entrevistas se desprende que pocos hombres están dispuestos a asumir las responsabilidades que consideran “propias” de las mujeres. Algunos manifiestan que “ayudan” en las compras y cuidado de los hijos, pero no se ocupan de los quehaceres domésticos porque son “trabajos de mujeres”.

El hombre desempleado de clase media, con una posición social que se deteriora paulatinamente, no siempre expresa su situación conflictiva, y ante los ojos de los de afuera no reconce una disminución del ingreso familiar.

Cuando la mujer siente que asume una mayor responsabilidad económica en el hogar puede provocar un sentimiento de desvalorización masculina. Pero también una actitud “quedada” de parte del hombre despierta la pérdida del respeto y hasta agresividad en la mujer y en otros miembros de la familia.

Algunas entrevistadas señalan un cambio positivo en la asimetría de roles en la familia, pero añoran el papel tradicional del hombre, que en la situación de desocupado muestra una actitud de debilidad. En otras entrevistadas junto con el ascenso de la autoestima notamos un sentimiento de insatisfacción y el peso que sienten ante una modificación de roles para la que no están preparadas. Existe en estas mujeres una confusión fundada en la división genérica de roles por la persistencia de

estereotipos culturales. Lo que han iniciado por necesidad no las hace sentir bien porque sienten que están reemplazando al “hombre de la familia”. Los conflictos en las relaciones de pareja son frecuentes, las relaciones de poder se cuestionan y se resquebrajan.

Para las mujeres de los sectores populares el desempleo del hombre produce graves tensiones y desequilibrios (alcoholismo, agresividad, violencia) que, con frecuencia, desembocan en el abandono del hogar por aquél, con la desintegración de la familia y problemas conductuales y de marginación en los hijos. La crisis duradera origina incertidumbre e inseguridad; el deterioro de la calidad de vida es progresivo. A los desarreglos familiares se suman las condiciones de precariedad bajo las cuales estas mujeres son empleadas.

CONSIDERACIONES FINALES

El paulatino desmantelamiento del sector industrial sumerge a Berisso en un bolsón de desempleo. Los riesgos de las condiciones laborales aumentan, los empleos precarios, de baja calificación, caracterizados por la desprotección laboral y la falta de seguridad social constituyen un “refugio” para las mujeres de sectores medios empobrecidos y las de escasos recursos, ante la carencia de alternativas en un mercado de trabajo cuya dinámica responde a una situación de crisis permanente.

La remuneración del trabajo presenta flexibilidad y es un mecanismo importante para el ajuste. Los sectores menos protegidos acusan el impacto.

Los programas oficiales implementados para atenuar la desocupación no han sido efectivos. Por un lado, carecen de la articulación necesaria con otras iniciativas sociales que tienen relación con el empleo y, por otro lado, se da una superposición de funciones y falta de coordinación apropiada.

En este marco, las condiciones del trabajo femenino no sólo se explican por las características de la oferta de mano de obra, ya que además de las restricciones del mercado laboral para las mujeres y los hombres, existen mecanismos específicos que se aplican fundamentalmente a las mujeres, basados en cierta medida, en la definición de su rol social.

Los cambios en la fuerza de trabajo nos lleva a pensar en un mercado laboral donde se ha ampliado el segmento de “subsistencia”, con actividades no calificadas, en mercados no protegidos, donde las mujeres realizan una importante contribución. L. Beneria (1993) expresa “es precisamente en estos niveles más bajos de la jerarquía laboral, junto a los procesos precarios de la economía sumergida donde la mayoría de las mujeres trabajadoras se encuentran a nivel mundial”.

Una de las formas que asume la reorganización productiva es a través de la flexibilización del mercado laboral y también, en este sentido, la dimensión del género resulta un factor estructurador importante para crear y modificar nuevas formas y condiciones de ocupación.

En el funcionamiento del mercado de trabajo de Berisso el establecimiento y la reproducción de las relaciones de género se realizan mediante modalidades en las que las mujeres son incluídas, en cuanto a la contratación y remuneración. En esta situación no es extraño que algunas mujeres consideren su trabajo remunerado como una actividad transitoria, que abandonarían si el marido se reinsertara en el mercado.

Muchas mujeres, sobre todo las de más bajos recursos, permanecen “cautivas” en el mundo doméstico, porque la carencia de servicios que debería prestar el Estado para el cuidado de los niños pequeños obligan a su permanencia continua en el hogar, dejándole pocas posibilidades de elección. Sin embargo, esta fuerza de trabajo “cautiva” favorece el accionar de determinados empleadores que contratan trabajo a domicilio “en negro” y pago a destajo. Mediante jornadas agotadoras de tareas domésticas y actividad asalariada las mujeres no alcanzan el estatus de trabajadoras.

El problema de marginación señalado por la evidencia empírica muestra el escaso grado de libertad, el desamparo y las limitadas opciones que tienen las mujeres de determinados estratos de la población. Esta problemática debe ser discutida en el marco de la sociedad global para definir las acciones correspondientes, ya que es la sociedad la que determina los espacios en los que estas mujeres se desempeñan.

La calidad de vida cotidiana condicionada por el entorno local y agravada por los cambios en el contexto nacional, con una sobrecarga de tareas, que se expresan en las desigualdades de género, es un ejemplo del proceso de empobrecimiento que se está manifestando en nuestra realidad social.

Las carencias y los desajustes que se producen, con la disminución del presupuesto familiar, el fenómeno del desempleo y del subempleo se manifiestan en una ruptura de la cotidianidad.

La realidad de las mujeres de los sectores sociales mencionados revela una experiencia vital no compartida con las mujeres de los sectores mejor posicionados socialmente. Hablar de mujeres pobres y de mujeres empobrecidas implica reconocer una sociedad donde se acrecienta la heterogeneidad y la desigualdad con una creciente tendencia a la profundización de los niveles de inequidad social.

BIBLIOGRAFIA

- CORTES,R. 1990. Precarización del empleo femenino. En *Novick, M y P. Galin. "Precarización del empleo en los '80"*. Buenos Aires. CEAL.
- FEIJOO M.C. 1992. Los gasoleros. Estrategias de consumo de los NUPO. En *Minujín,A. (comp) "Cuesta Abajo"*. Buenos Aires. LOSADA/UNICEF. pp. 229-252.
- GROSS FUENTES, P ET AL. 1987. Metropolización en América Latina y el Caribe:calidad de vida y pobreza urbana. Santiago de Chile. Revista CEPAL. LC71. 409.
- JELIN, E. 1978. La mujer y el mercado de trabajo urbano. Buenos Aires. Estudios CEDES 1 (6).
- KOLDORF, A. 1995. La nueva pobreza: mujeres y estrategias laborales. En *"Espacios de Género"*. III Jornadas de Historias de las Mujeres, 1994. T. I. Facultad de Humanidades y Artes. U.N. Rosario. pp. 239-246.
- MINUJIN, A. Y G.KESSLER. 1995. La nueva pobreza en la Argentina. Buenos Aires. De. Planeta.
- TADEO, N. 1996. Situation of Working Women at the "Villas". Ponencia presentada al "28th. International Geographical Congress". The Hague, August 4-10.